

DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS

Iris Rivera

ILUSTRACIONES

Diego Feld

COLECCIÓN 2017 - CUENTO Nº 6

UNA FLOR DE LEYENDA

Leyenda de la China. Versión de Iris Rivera



En el antiguo reino de China había un rey terrible que tenía una hija. El viejo monarca la amaba más que a nadie, y en cuanto un joven se atrevía a mirarla, lo condenaba a muerte. Un día, este rey se enteró de que un príncipe la quería por esposa. Era el príncipe del país vecino. De inmediato, el rey declaró la guerra a ese país, lo invadió con sus tropas, tomó prisionero al príncipe y lo condenó.



La hija se secó las lágrimas con un pañuelito fino, y se presentó en el salón del trono:

—Deseo pedirte una gracia, padre mío.

El rey, arrugando el entrecejo, le respondió con tono suave:

—Lo que quieras, hija amada...

Pero la mirada se le puso turbia y la voz tronó:

—Lo que quieras... menos la vida de ese maldito.

La hija cayó de rodillas con la cara vuelta hacia él:

—Ay, padre... déjalo vivir unos días... sólo unos días más.

Respiró hondo y agregó melosa:

—¿Me consentirás este capricho?





El rey no había hecho otra cosa que consentir sus caprichos desde pequeña. Entonces respondió:

—Está bien.

Pero enseguida dijo:

—Ve al jardín y corta una rosa. Lo dejaré vivir tantos días como pétalos tenga esa flor.

La muchacha se puso de pie, saludó a su padre con una profunda reverencia, dio media vuelta y se fue.

Se fue corriendo al salón de costura del palacio, tomó una tijera y salió a los jardines. Había rosas blancas, rojas, anaranjadas... Pero ella siguió hasta llegar a su rosal preferido, el de flores amarillas. Entonces eligió una de las rosas y empuñó la tijera... pero no la separó del rosal. Se puso a cortar cada pétalo en infinidad de tiras.

En cuanto dio por terminado su trabajo, regresó en busca de su padre y, con mimos y ruegos, lo condujo hasta la flor.

Lo primero que hizo el rey fue tratar de contar los pétalos, pero perdió la cuenta y tuvo que empezar de nuevo. Y otra vez y otra vez. Hasta que llegó la noche.

Al día siguiente lo intentó de nuevo. Y al otro día, y al otro. Y cada vez que el rey se acercaba a la rosa, la muchacha la regaba con lágrimas de angustia.

Y cada vez que el rey se alejaba, la bañaba con lágrimas de alegría. Así, la flor seguía muy fresca y el rey, contando cada día. Y, cada día, fracasaba su intento de contar.

De esta manera pasó un año y pasó otro y otro más.

El rey seguía intentando sin darse por vencido.

Y de no ser porque lo sorprendió su propia muerte, estaría contando pétalos todavía.

Desde entonces existe en el mundo el crisantemo.

